

No sé por qué a mis tíos y a los amigos de mis papás les importa tanto saber a qué pienso dedicarme cuando tenga su edad.

Siempre andan con la misma pregunta:
—¿Qué vas a ser cuando seas grande?



Cada vez respondo cosas distintas:
que voy a ser escritora como mi mamá,
o cantante como mi tía (aunque la verdad
no tengo buena voz), o veterinaria para
vacunar a mi perra. O a lo mejor cocinera,
como mi papá, que por cierto nunca me
pregunta qué pienso ser de grande, sino
qué platillo se me antoja comer ese día.





En cambio a mi hermana nunca le preguntan qué quiere ser de grande. Quizá porque es más chica que yo y piensan que todavía no tiene idea del futuro. O tal vez porque están seguros de que será una gran cirquera: sabe treparse hasta la última rama del árbol, se lleva la punta de los dedos de los pies a la cabeza y hace un montón de payasadas.

Sin embargo, ella sí que sabe lo que quiere: dice que algún día va a ser sirena.





Claro, sólo me lo dice a mí.

Desde hace varios meses, antes de dormirnos, ella me cuenta todo lo que va a hacer cuando se transforme en sirena.

Por ejemplo, dice que va a vivir en el fondo del mar, que su cola de pescado va a ser roja y que va a comer espaguetis y pizzas y pan de plátano.

—En el fondo del mar no hay espaguetis —trato de prevenirla.

—Síiiiiii —me responde con mucha seguridad—. Hay una cueva en la que venden espaguetis, pizzas y pan de plátano.

—Pero se mojarían. Imagínate una pizza aguada. ¡Guácatela!

—Noooo, hay una cueva que está seca.